

CAPÍTULO XXII

Acción de Rafia. – Victoria lograda por Ptolomeo. – Suspensión temporal de hostilidades entre éste y Antíoco.

Puestos en orden de batalla de este modo los ejércitos (año -218), ambos reyes acompañados de sus generales y amigos se presentaron al frente de sus líneas para exhortar a los soldados. El mayor empeño de uno y otro era alentar sus respectivas falanges, ya que en estas tropas fundaba cada uno sus mayores esperanzas. Andrómaco, Sosibio y Arsínoe, hermana del rey, como jefes, animaban también la falange de Ptolomeo; y Teodoto y Nicarco por su parte procedían del mismo modo con la de Antíoco. Las arengas de una y otra parte se redujeron a lo

mismo. Pues como ninguno de estos príncipes tenía ejemplo peculiar ilustre o memorable que proponer a sus soldados porque ambos acababan de subir al trono, sólo se valieron de recordarles la gloria y hechos de sus mayores, para excitar en ellos el espíritu y ardimiento. Y así rogaron y exhortaron para que se portasen con valor y esfuerzo en la ocasión presente, y para esto ofrecieron principalmente premios en particular a todos los oficiales, y en general a todos los soldados que habían de pelear. A esto o cosa parecida se redujo lo que dijeron los reyes, ya por sí, ya por sus intérpretes.

Después que Ptolomeo con su hermana estuvo de vuelta en el ala izquierda de toda su formación, y Antioco acompañado de sus guardias en su derecha, se dio la señal de acometer, y los elefantes dieron principio a la acción. Algunos de los de Ptolomeo hicieron resistencia a los de Antioco; sobre cuyas torres era de ver el vivo choque de los combatientes, disparando lanzas e hiriéndose mutuamente tan de cerca. Pero aún admiraba más ver batirse y herirse de frente los mismos elefantes; porque el reñir de estos animales es de este modo: se enredan, se tiran dentelladas haciendo hincapié con todas fuerzas para no perder el terreno, hasta que el más poderoso aparta a un lado la trompa de su antagonista. Una vez está torcida, le coge por el flanco y le hiere a mordiscos, al modo que hacen los toros con las astas. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate. Esto es muy ordinario en los elefantes de África. A mi entender, consiste en que no pueden sufrir el olfato y bramido de los de la India, y asustados de su magnitud y fuerza emprenden la huida antes que aquéllos se acerquen, como efectivamente sucedió entonces. Porque alborotadas las bestias, desordenaron las líneas que tenían al frente y, oprimiendo a la guardia real de Ptolomeo, la hicieron volver la espalda. Antioco entonces pasó de parte allá de las bestias, y atacó la caballería que mandaba Polícrates. Al mismo tiempo los extranjeros griegos que se hallaban cerca de la falange invadieron por entremedias de los elefantes los rodeleros de Ptolomeo, cuyas líneas habían ya confundido sus bestias. De este modo fue forzada y puesta en huida toda el ala izquierda de Ptolomeo.

Equécrates, que mandaba la derecha, al principio estuvo esperando el éxito de esta contienda. Mas así que vio que el polvo iba a parar a los suyos, y que sus elefantes no se atrevían a acercarse a los contrarios, ordena a Fóxidas, comandante de los griegos mercenarios, que ataque a los que tenía al frente; él, mientras, hace desfilar por la punta del ala su caballería y la que estaba detrás de los elefantes, con cuya maniobra evita la impresión de las fieras; y cargando por la espalda y en flanco sobre la caballería enemiga, la derrota en un instante. Lo mismo hizo Fóxidas y los que se hallaban a su lado. Dieron sobre los árabes y medos y los forzaron a tomar una fuga precipitada; de suerte que Antioco venció en el ala derecha y quedó vencido en la izquierda.

Ya no quedaban intactas más que las dos falanges, que desnudas de sus respectivas alas permanecían en medio del llano, fluctuando entre el temor y la esperanza. Mientras que Antioco proseguía la victoria en el ala derecha, Ptolomeo, que se había refugiado en su falange, se presenta en medio, se deja ver de los dos ejércitos, con lo que aterra a los contrarios e infunde ardor y espíritu a los suyos. A su ejemplo Andrómaco y Sosibio ponen en ristre sus lanzas y se dirigen al enemigo. La flor de las tropas de Siria sostuvo el choque por algún tiempo, pero las que mandaba Nicarco cedieron y se retiraron. Entre tanto Antioco, como joven y poco experimentado, juzgando del resto de su ejército por la ventaja que él había conseguido en el ala derecha, seguía el alcance de los que huían; hasta que un an-

ciano le advirtió, aunque tarde, que reparase en que el polvo de la falange enemiga iba a parar a su propio campo. Entonces conociendo el yerro, acudió rápidamente con sus guardias al campo de batalla; pero hallando a los suyos que habían emprendido la huida, se retiró él también a Rafia, con el consuelo de haber vencido por su parte, y en la inteligencia de que si le había desmentido lo demás de la acción había sido por la flojedad y timidez de los otros oficiales.

Después que la falange decidió la batalla, y la caballería del ala derecha unida a los extranjeros mató gran número de enemigos en el alcance, Ptolomeo se retiró a pasar la noche al campamento que antes tenía. Al día siguiente, después de recogidos y enterrados sus muertos, y despojados los de los enemigos, levantó el real y avanzó hacia Rafia. El primer pensamiento de Antíoco después de la derrota fue reunir todos los cuerpos de tropas que venían huyendo y acampar fuera de la ciudad; pero como la mayor parte de las gentes se había metido dentro, se vio forzado también a retirarse. Salió después al amanecer con las reliquias de su ejército y se encaminó a Gaza, donde acampó; y obtenida licencia de Ptolomeo para el recobro de sus muertos, les hizo los últimos honores. Ascendían éstos por parte de Antíoco a poco menos de diez mil infantes, más de trescientos caballos, más de cuatro mil prisioneros, tres elefantes que quedaron sobre el campo y dos que murieron después de sus heridas. De parte de Ptolomeo se redujo la pérdida a mil quinientos infantes, setecientos caballos, dieciséis elefantes muertos y casi todos los demás tomados. Éste fue el éxito de la batalla de Rafia, que se dio entre los dos reyes con objeto de Celesiria.

Antíoco, después de sepultados los muertos, se retiró a su reino con el ejército. Ptolomeo tomó sin oposición a Rafia y otras ciudades, esmerándose a porfiar sus ayuntamientos sobre cuál volvería primero a su poder y pasaría más pronto a su dominio. Cosa muy ordinaria entre los hombres acomodarse al tiempo en semejantes revoluciones; pero sobre todo los pueblos de Celesiria son muy inclinados y dados a este género de obsequios. En esta ocasión no hay que extrañar usasen de esta política, pues les guiaba el afecto que profesaban de antemano a los reyes de Egipto; porque en todo tiempo estos pueblos han tenido cada vez más veneración por esta casa. Así fue que no omitieron especie de agasajo para captar la voluntad de Ptolomeo: coronas, sacrificios, altares y todo género de cultos se tributaron en su obsequio.

Antíoco, así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, envió sin dilación a Antípatro, su sobrino, y Teodoto Hemiolio por embajadores a Ptolomeo para tratar de paz y alianza. Temía la invasión del enemigo; desconfiaba de sus pueblos después de la derrota que acababa de sufrir, y recelaba que Aqueo no se aprovechase de la ocasión. Con nada de esto echaba cuentas Ptolomeo. Alegre con la extraordinaria victoria que había logrado, y sobre todo con la inesperada conquista de Celesiria, no tan sólo no aborrecía el reposo, sino que lo amaba más de lo que convenía, arrastrado de la vida afeminada y voluptuosa que siempre había llevado. Y así no bien hubo llegado Antípatro, cuando hechas algunas amenazas y dadas unas leves quejas de los procederes de Antíoco, le concedió treguas por un año, y despachó a Sosibio para ratificar el tratado. Él permaneció tres meses en Siria y Fenicia para restablecer la quietud de las ciudades; pasados los cuales dejó a Andrómaco el aspendio por gobernador de estos países, y levantó el campo con su hermana y confidentes para Alejandría, causando admiración a sus vasallos que, atentos a su modo de vivir, hubiese puesto a la guerra fin tan dichoso. Concluido el tratado con Sosibio, Antíoco volvió a su primer

propósito, y se previno para la guerra contra Aqueo. Tal era el estado de los negocios de Asia.